

habitación en donde se respira una atmósfera cristiana. Se conoce porque es el crucifijo quien la preside: es un edén donde todo respira luz, orden, sencillez.

Unos niños robustos y alegres juegan á pocos pasos de la chimenea; la madre, activa, va y viene en la habitación, no perdiendo de vista, en medio de su trabajo, á sus hijos, que están pendientes de ella, y á quienes alegra con su dule sonrisa. Cerca, en una ventana, en donde hay tiestos de flores, una joven, la hermana mayor, trabaja en una costura; ella también mira de cuando en cuando á su madre y á sus hermanitos; también sonrío dulcemente, y su actitud y su rostro recuerdan la actitud y el rostro de *Mater admirabilis*.

La segunda parte del cuadro presenta una bohardilla, en donde yace en pobrísimo lecho un enfermo enflaquecido por la fiebre, y que se levanta y sonrío apaciblemente al ver que la puerta se entreabre. Una mujer de elegante sencillez se introduce en la habitación,

conduciendo á una niñita que lleva en sus manos el socorro que el enfermo esperaba, y que llega á él todos los días.— Debajo de este cuadro se lee: «La mujer buena, activa, laboriosa, abnegada, generosa, profundamente cristiana.»

XXVII

En la vida de familia.

El polvo sobre los muebles desagrada la vista, pero harto sabido es que no corroe cuando sólo está como de paso. Empaña un instante el brillo de los objetos que cubre; pero un sople ligero ó un simple plumerazo basta para que desaparezca, y no nos cuidamos más de él.—¿Qué otra cosa es sino un poco de polvo sobre el corazón esa palabra dura que se escapó á una persona á quien amamos? ¿Qué otra cosa son ese enfriamiento involuntario, ese olvido irreflexivo, esas mil pequeñas tonadas que empañan, aun en las familias más unidas, el brillo y la delicadeza de la amistad?

¡Oh! No nos atormentemos demasiado por esos accidentes casi inevitables, sobre todo cuando son numerosos. No nos dejemos impresionar demasiado; eso sería hacernos desconfiados é infelices.

Todo esto, sin duda, quita algo de su frescura á la amistad, y paraliza por un momento el ardor del cariño, hiere vivamente el corazón; ¡pero se necesita tan poco para que esto desaparezca!

¿Somos nosotros los que hemos sido heridos? Obremos como si nada hubiéramos comprendido, como si nada hubiéramos sentido. ¿Somos nosotros los que hemos lastimado á un amigo? Vayamos á él con sencillez, con nuestra sonrisa ordinaria en los labios: nada de excusas; ¿para qué? Sería hacerle creer que nuestra desatención fué voluntaria. Una sonrisa, una palabra agradable, un pequeño favor que le pidamos es el soplo que arrojará este polvo; y no habrá quien se vuelva á acordar de él.

Por la noche no nos acostemos nunca sin

haber sacudido de este modo el polvo caído sobre nuestro corazón, y quitado el que nosotros hemos arrojado sobre el corazón de los demás; si así no lo hiciéramos, dormiríamos mal.

XXVIII

Los derechos de la mujer.

Sí, sí; vuestros derechos; quiero decir, quisiera cantar vuestros derechos, ¡oh mujeres cristianas!

Vosotras tenéis deberes, y numerosos deberes; pero también tenéis derechos, y no menos numerosos que vuestros deberes, y tan grandes y tan magníficos como ellos. Y la obligación de conservarlos y preservarlos de toda alteración es tan imperiosa como la obligación de practicar vuestros deberes.

Sí, sí; tenéis derechos, y por ello debéis estar orgullosas, ¡oh mujeres cristianas!

No vayáis á creer, como calumniosamente se os ha dicho, que la Iglesia los desconozca.

¡La Iglesia! ¿Acaso no ha sido ella la primera en proclamarlos á la faz del mundo y en dárselos á conocer?—La Iglesia es la primera que nos ha mostrado á Dios desde el principio del mundo, colocando al género humano bajo la tutela de una mujer, *Eva*, y más tarde dándole aún por madre, por patrona, por protectora y por modelo, á otra mujer aun más grande, más santa y más pura: la Santísima Virgen María.—La Iglesia es quien ha hecho reflejar sobre vosotras una parte del respeto que profesa á esa criatura tan elevada en dignidad, y tan santa que ha merecido ser la Madre de Dios y ser llamada la gloria del género humano.

—o—

Habíamos recogido, para presentároslos metódicamente y en su conjunto, el catálogo de vuestros derechos, cuando la Providencia ha querido que nos fuese enviada la página siguiente, que mejor que nosotros os dirá vuestros derechos y, sobre todo, os los hará amar.

LOS DERECHOS DE LA MUJER

¿Sabéis cuáles son los sagrados derechos de la mujer? Helos aquí: el derecho de tener siempre el alma abierta al bien, de purificar los corazones donde el mal acaba de germinar, el derecho de consolar, de rogar y de amar.

El derecho de secar y enjugar las lágrimas, de disipar los enojos cuando apenas han nacido, de conceder al desgraciado un perdón generoso, y de serenar la frente del criminal.

El derecho de velar cerca del lecho de la agonía, de reanimar los corazones á quienes la muerte ya toca, y cuando todas las esperanzas desaparezcan, ofrecer celestiales esperanzas á los ojos casi ya apagados.

El derecho de impedir toda caída demasiado brusca, el de arrancar al culpable á su vergüenza tendiéndole generosa mano, el derecho de consolar á la viuda y al huérfano.

El derecho de llevar en pos de sí, por el camino de la cruz, los corazones inmaculados

de los niños, á los cuales señala el Cielo lleno de ángeles triunfantes.

El derecho de encender en el corazón la más santa caridad; el de dirigir las almas al Cielo, y de abrir á su vuelo más allá de nuestro empañado horizonte los campos de lo infinito.

El derecho de olvidarse de sí misma, de vivir y morir por aquel á quien ama, de embellecer para ellos esta vida material con su dulce sonrisa y sus cantos de amor.

¡Mujer! Estos son los derechos de que tú debes hacer uso todos los días. Bendice la misión que te ha tocado en suerte, pues ningún papel es más noble que el tuyo: no sueñes con otro, y no pidas más.

Siempre fiel al fin que el Señor te impuso, sin murmurar cumple en todo tu misión, cultiva tus talentos con los ojos fijos en el Cielo, y del cumplimiento de tus deberes haz tu dicha futura.

JULIÁN LUGOL.

XXIX

Medios sencillos de hacer dulce la vida.

Un *poco más de paciencia* para soportar á esta persona, con la que debo vivir y que me es antipática.

Un *poco más de constancia* para continuar este trabajo, que constituye parte de mi deber y que fatiga sobre todo mi imaginación.

Un *poco más de fuerza* para permanecer voluntariamente en esta posición, que contraría mis gustos y me humilla, y para aceptar este acontecimiento que ha venido repentinamente á turbar mi paz.

Un *poco más de amabilidad* para no manifestar que estoy molesto.

Y sobre todo un *poco más de oración* para atraer á Dios á mí y conservarle cerca de mí.

XXX

Mi velo de la primera comunión.

¡Cuán dulce nos es recoger las páginas conmovedoras inspiradas á algunas almas de niño por los recuerdos materiales de su primera comunión!

¡Oh! ¡Cuántas páginas resplandecientes de luz, de frescura, de fuerza, de poesía, se han escrito en nuestros pensionados, y en ese cuartito de doncella que una madre cristiana sabe preparar para su hija, y que ha adornado con tanto amor!

¡Velo, corona, medalla, cirio bendito, vestido blanco, cuadernillo de apuntes del retiro y de las promesas hechas á Dios, tan preciosa y tan misteriosamente conservados! ¡Cuántos pensamientos generosos y resoluciones santas habéis sugerido! ¡Qué dulces lágrimas habéis hecho correr, cuántas lágrimas amargas habéis detenido! ¡Cuántos momentos de piedad y de dicha habéis hecho

pasar á las que venían de tiempo en tiempo á recogerse cerca de vosotros y á contemplaros con amor! ¡Cuántas vueltas á la vida piadosa y regular, un poco relajada, habéis inspirado!

¡Oh! Si; entonces vosotros, objetos inanimados, habéis tomado una voz para repetir á la que os llevó las palabras más conmovedoras, los consejos más prudentes, y para recordarle en un lenguaje nada humano que no hay paz, dicha, ni seguridad sino con el Dios de su primera comunión.

¿Os acordáis de aquella hija de María, de quien os hemos hablado en nuestro *Libro de piedad*, que de tiempo en tiempo abría el cajón en donde conservaba las reliquias de su primera comunión, las besaba con respeto, y preguntada por su madre sobre la razón de ese culto tan profundo respondió:

—Estas reliquias me recuerdan el día en que mi alma estaba tan bien con su Dios, y quisiera que al besarlas me recordasen la dicha de ese día; no podrán volvérmela toda

entera, pero me siento muy feliz al volverlas á ver... Y además,—añadía en voz muy baja,—mi confesor me ha dicho que el día en que yo no los viese con gusto no sería buena, y vengo á ver si todavía soy buena.

¡Palabra profunda en medio de su sencillez!

Aquel que ha destruído, ó dejado perecer por su negligencia, los recuerdos de su primera comunión; aquel, sobre todo, á quien esta palabra, *mi primera comunión*, no haga gozar, si no está ya lejos de Dios, está ya á punto de alejarse de Él, y quizá para siempre.

—*

La página que vamos á copiar ya ha sido publicada; la joven que la escribió ha muerto de dieciséis años.

Estando ya en su lecho de muerte, pidió á su madre que reuniese sobre la mesa, en donde debía reposar el Sagrado Viático, todas estas reliquias de la primera comunión; se puso el velo y la corona, y no pudiendo tener el cirio que había llevado como ofrenda en

ese día, suplicó á su madre que lo tuviera ella; y la madre, bañada en lágrimas, tuvo ese cirio encendido, haciendo á Dios la ofrenda de su hija.

« EL VELO DE MI PRIMERA COMUNIÓN

» ¡Oh qué dulces recuerdos me traes, querido velo! ¡Cuánto me gusta mirarte, tomarte en mis manos, besarte! ¡Oh qué feliz fuí yo ese día, ese hermoso día, el día más hermoso de mi vida, cuando te coloqué sobre mi frente, y envuelta en tus pliegues como bajo las alas del ángel de mi guarda, fuí al encuentro de Jesús, que venía á mí!

» Tú fuiste entonces testigo de mi dicha, querido velito blanco; tú viste correr mis lágrimas, que procuré ocultar bajo tus pliegues; quizá hasta tú me oíste cuando yo dije á Dios el primer secreto de mi corazón. ¿Lo oíste, velo amado? ¡Oh! Si tú lo oíste, guárdalo, guárdalo bien; respeta las primeras palabras de amor de una niña, y no vayas á

hacer traición á un secreto tan caro á mi corazón.

»Hasta hoy tú no lo has revelado, y cuando ven que te amo con preferencia á todos mis vestidos, y que te beso con transportes de alegría, nada misterioso se sospecha á causa de mi poca edad; mamá misma nada sabe aún, porque me dijo uno de estos días: «Elisa, es necesario que des tu velo á tu hermana; yo te compraré otro más grande y más bonito.» ¿Yo darte, querido velo del día más hermoso de mi vida? ¡Oh! No; jamás, jamás lo consentiré. Mis compañeras se burlan de mí por tu causa, y me dicen: «Deja ese velo, que ya no es de moda, y que ya no pega á tus quince años.» No, no; ven, velo bendito; ven, quiero colocarte de nuevo sobre mi frente; velo regado tan á menudo con mis lágrimas de alegría, ven, que yo me envuelva bajo tus pliegues con transportes de júbilo.

»Pero, una vez que mis quince años hayan pasado, llegará un día en que, adornada para una ceremonia solemne, será necesario, al fin,

decirte adiós, velo querido. Entonces por la última vez cubrirás mi frente; mis amigas me rodearán silenciosas y tristes, y, sin embargo, yo estaré inundada de dicha.

»¡Oh! No me acuséis de inconstancia, vosotros los que sabéis cuánto amaba el velo de mi primera comunión; y tú, sencilla pero querida prenda de mi vestido, no te enceles.

»¿Te acuerdas del primer secreto de mi tierna edad, de esa primera palabra de amor que salió de mi corazón, trémulo de alegría?

»En ese día, día solemne, mi secreto será conocido; yo cumpliré mis promesas; yo te cambiaré, ¡oh velo blanco querido!, por el velo de las castas esposas del Señor. Pero no sufriré que después de ese hermoso día sirvas á usos profanos, no; yo misma te llevaré al altar de María, y te ofreceré á ella como una muestra de mi eterno reconocimiento.»

XXXI

Llora por el muerto, porque está descansando.

«Paseábame en la campiña de Roma, cerca de las catacumbas de San Lorenzo,— escribía el P. Lacordaire.— Dirígame hacia un cementerio nuevo que han abierto en este viejo cementerio, y me excitó la curiosidad esta inscripción que había en la puerta: «Llora por el muerto, porque está descansando.» Entré meditando en ella; ¿qué querría decir? No me fué difícil comprenderla.

»Llora por el muerto, porque está descansando: ha cesado de hacer el bien; porque sus manos no pueden ya dar; porque sus pies no pueden ya ir en busca de la desgracia; porque sus entrañas no se conmueven ya por los lamentos, y su espíritu ha volado lejos de las disputas de los hombres, y no les puede ya oponer un acto de fe humilde y paciente.

»Llora por el muerto, porque está des-

cansando, mientras que aquel que le alimentaba sobre la tierra con la doctrina y el pan de la vida, su Señor y su Maestro, es todavía objeto de contradicción.

»Llora por el muerto, porque el tiempo de merecer ha concluído para él, y no añadirá ya ni una flor á su corona.

»Llora por el muerto, porque no podrá ya morir por su Dios.»



He aquí cuál es el dolor de los santos en su lecho de muerte, aun cuando vean el Cielo abierto y se vean próximos á entrar en él.

¡Oh! Sí, es deseable ir pronto al Cielo con Vos, ¡oh Dios mío!

Al Cielo, en donde el alma se halla en la dichosa impotencia de perderos.

Al Cielo, en donde el alma que tanto ha sufrido por no haberos amado bastante, puede abandonarse á toda la fuerza de su amor; porque os conoce más íntimamente, y nada, absolutamente nada, se interpone entre ella y Vos, ¡oh Señor!

Pero yo creo que hay algo más deseable para el alma cristiana que ir al Cielo pronto, y es merecer más: porque si en el Cielo pudiera haber algún pesar, sería ciertamente no haber merecido lo bastante esa dicha tan grande, tan inmensa, tan infinita; es para esta alma poder, viviendo aún en la tierra, darse á Dios más generosamente de lo que lo ha hecho, darle también sin ninguna restricción cada uno de sus días, cada una de sus horas, cada una de las respiraciones de su pecho.

Es el poder ponerse más completamente á la absoluta disposición de la Providencia, contenta porque puede decir, comprender y sentir que todo lo que hace en ella, por ella y cerca de ella, es perfectamente bueno, perfectamente santo, perfectamente justo. Es llegar á decir, como María, á cada una de las órdenes que le son dadas: «He aquí la esclava del Señor»; á obrar, como María, cual si fuese una verdadera esclava, no discutiendo, no murmurando, no vacilando, y cumpliendo el

deber impuesto hasta que se le acaben las fuerzas.

Es poder sufrir todavía algo por aquel que tanto ha sufrido por ella.

Es poder enseñar su nombre y hacer que los labios inocentes de los pequeñuelos lo pronuncien también; es empeñarse, aunque sea sin éxito, en llevar á Dios á los pobres pecadores.

Ahora comprendo esta palabra de San Ignacio: «Si Dios me pusiese á elegir entre trabajar para propagar su amor, aun con la incertidumbre de mi salvación, ó ir luego al Paraíso, yo diría á mi Dios: dejadme propagar vuestro amor.»

Las almas vulgares llaman heroicas á estas palabras, pero, ¡oh Dios mío!, para los que os conocen son bastante sencillas. ¿Cabe imaginar que aquel que se hubiera sacrificado por Vos, que el que hubiera momentáneamente renunciado por Vos á la única verdadera dicha, pudiera ser por Vos excluido de ella?

No, no. ¡Vos sois demasiado bueno y demasiado justo! Almas generosas que leéis estas líneas, arrodillaos y decid á Dios: «Yo quiero vuestro Cielo, ¡oh Dios mío!, pero más tarde, cuando yo haya trabajado mucho y sacrificádome mucho por serviros.»

XXXII

Casi no hay quien por salvar á un alma tenga el valor de ir hasta lo último con todas las fuerzas que Diosle ha dado. Orar, sufrir, esperar... Se ora, se sufre, pero no se sabe esperar en paz, persistiendo en la oración y en el sufrimiento.

XXXIII

La religiosidad.

La religiosidad es un conjunto de impresiones religiosas muy vagas que llenan el alma y la llevan á buscar emociones en las cosas piadosas.

La religiosidad con apariencias religiosas casi no tiene nada de común con el dogma católico, y sobre todo con la práctica de la religión; es cierto grado de exaltación piadosa producida por la lectura de libros que no muestran de la religión sino su lado poético; la religión de estos cristianos se podría llamar la religión poética.

La religiosidad no mira otra cosa que las emociones, y toma esas emociones por la virtud; no sabe orar sino delante de alguna imagen hecha por un artista distinguido, á los pies de un altar radiante de luz, en una iglesia en donde los rayos dorados del sol poniente, pasando á través de los cristales legendarios, producen un mate misterioso. Es necesario para que su oración suba al Cielo una música que penetre hasta las profundidades del alma, y la eleve y arrebathe.



La religiosidad no es la religión; es sólo su apariencia. Mas las almas que se han dejado penetrar de este ideal religioso se tienen por

muy cristianas. ¿Acaso no pertenecen á todas las cofradías? ¿No asisten á todos los sermones? ¿No reciben muchas bendiciones en los días de fiesta? ¿No se acercan á la comunión varias veces al mes?

¡Pobres almas! No ven que sus prácticas religiosas son efecto del hábito, de la moda, del temperamento, de la imaginación, y por eso tienen toda la movilidad de lo que no se apoya en la voluntad de Dios, manifestada á cada uno en particular por la palabra del sacerdote que conoce nuestra posición y los deberes de nuestro estado.

La religión es el sacrificio; la religiosidad es la fantasía.

—o—

Con la religiosidad, más común entre las mujeres que entre los hombres, se falta á la santa Misa y se violan las leyes de la abstinencia con cualquier pretexto, por la más ligera indisposición; no se da limosna sino á tal cual pobre que simpatiza; se va sin escrúpulo y con alegría en la mañana á la Misa,

y en la tarde al teatro. — No se acostarían sin haber dicho antes cierto número de oraciones vocales, llegarían aun á levantarse en caso de haberse olvidado de recitarlas; pero son oraciones dichas, no rezadas; los labios balbucen, pero el corazón no tiene ni respeto, ni paz; sólo han tratado de quitarse un peso de encima. — Se toma de la religión lo que agrada: se deja lo que no agrada; se ama esa dulce moral que, según dicen, se ha sacado del Evangelio, y que consiste en decir á la joven: *Sé prudente y serás amada*; y al joven: *Sé animoso y trabajador, y no sólo harás una fortuna, sino que alcanzarás honores*, pero de la que se han suprimido las palabras abnegación y sacrificio como si no estuvieran en el Evangelio.

—e—

La religiosidad produce falsas virtudes; virtudes de aparato; virtudes de interés privado que dan cierta reputación de amabilidad y de caridad; virtudes sin consistencia, que se desvanecen ante la menor contrariedad, y que

no resisten cuando se ofrece un deber molesto que cumplir.

La religiosidad se propaga sobre todo por una multitud de libritos en que no se alaba y se ensalza sino la belleza de la religión y sus relaciones con las tendencias del corazón humano.—Sí; ciertamente hay todo esto en la religión, pero hay algo más. Si la religión produce dulces emociones, también impone graves deberes; si la práctica de la religión nos hace amables, también nos hace fuertes; si la religión está hecha para los que viven en la tierra y se adapta á su naturaleza, está hecha sobre todo para llevar las almas al Cielo y hacerles practicar las virtudes con que se compra el Cielo.

La religiosidad nos pierde, porque nos hace creer que servimos á Jesucristo, siendo así que no seguimos sino los caprichos de nuestra sensibilidad.—Desacredita á la verdadera piedad, porque hace recaer sobre las personas verdaderamente religiosas las inconsecuencias de la falsa devoción. Para preser-

vase de la religiosidad es necesario adherirse humildemente á la escuela de la santa Iglesia de Jesucristo. Allí solamente está la luz que muestra donde está la verdad, allí está la fuerza que dirige y mantiene.

¡Oh! ¡Y cómo la mujer *sólidamente religiosa*, es decir, *sólidamente devota*, viene á ser, aun á los ojos de los hombres, un ser grande, respetado, amado!

¡Oh! ¡Qué buena, qué hermosa y qué dulce cosa es tener por esposa, por madre, á esta amiga del Señor, á este ángel de paz, á este tesoro inagotable de buenos consejos! Porque todo esto es la mujer cristiana y sólidamente religiosa.

XXXIV

Con ocasión del Jubileo de Su Santidad León XIII.

NON PRAEVALEBIT

El Tiempo pasaba por delante de mí.

¿Qué has hecho, terrible é implacable des-

tructor, qué has hecho de esos imperios que llenaban el universo con el ruido de sus conquistas? ¿Dónde está Tebas? ¿Dónde Babilonia? ¿Dónde Atenas? ¿Dónde los palacios de los Césares?

Con sonrisa melancólica y desdeñosa, el Tiempo me mostró jirones de púrpura, restos de coronas, columnas y mármoles despedazados, sobre los que estaban sentados unos zafios pastores: *Mira*, —me dijo.

—Y de estos imperios de hoy que dominan el mundo, y de esas coronas que tanto brillan, ¿qué harás?

—Lo que ya he hecho con las otras: un poco de polvo que disipará el viento.

—Y de ese trono tan poco considerado por el poder humano; de ese trono sobre el que está sentado, tranquilo y orando siempre aquel á quien el mundo católico llama Papa, ¿qué harás?

El Tiempo quedó silencioso y confuso, y *la Eternidad*, indicándolo desdeñosamente con el dedo, me respondió con un acento pe-

netrante: *Jamás podrá quebrantarlo: «Non praevalebit.»*

XXXV

Una visita en el primer día del año.

Data de muy lejos, del 1.º de Enero de 1832, y fué hecha por un estudiante que tenía diecinueve años, Ozanam, á aquel que entonces era llamado una de las *potencias del mundo*, y que será siempre una de las glorias francesas, á Chateaubriand.

Os dedicamos esta relación, jóvenes de ambos sexos. ¿Comprenderéis su grandeza?

Era el medio día, y Chateaubriand venía de oír Misa. Acogió al joven estudiante, que se presentaba muy tímido, con extrema bondad; y después de algunas preguntas sobre sus proyectos, sus gustos, sus estudios, le preguntó si se proponía ir por la noche al teatro.—Aquí cedemos la palabra al P. Lacordaire, que tan bien ha expresado lo que Ozanam varias veces le había referido:

« Ozanam vacilaba entre la verdad y el temor de parecer pueril á su interlocutor; su madre, en efecto, le había recomendado que no pusiése los pies en el teatro. Permaneció algún tiempo callado, á consecuencia de la lucha que tenía lugar en su alma. Mr. de Chateaubriand le miraba con interés, ansioso de oír su respuesta. Al fin venció la verdad, y confesó la prohibición de su madre; el autor del *Genio del Cristianismo*, inclinándose hacia Ozanam para abrazarle, le dijo afectuosamente: «Yo os ruego que sigáis el consejo de vuestra madre; nada, absolutamente nada ganaríais en el teatro, y sí perderíais mucho.»

«Esta frase,—añade el P. Lacordaire,—que dó como un relámpago en el pensamiento de Ozanam; y cuando algunos de sus camaradas, menos escrupulosos que él, le comprometían á ir al teatro, solía defenderse con esta frase decisiva: «Mr. de Chateaubriand dice que no es bueno ir.»

—*

Es bien sencilla esta frase: ¿verdad? ¡Y, sin embargo, cuantas lecciones en tan pocas líneas!

1. *Mi madre me ha recomendado que no ponga los pies en el teatro.*

¡Dichosos los hijos que tienen una madre para quien su alma es más querida que su salud, que su bienestar, que sus placeres!

¡Dichosos los hijos que tienen madres previsoras y enérgicas, madres verdaderamente cristianas y aun un poco austeras! Sobre todo para ellas, y quizá sólo para ellas, el niño guarda en el fondo de su corazón un respeto y una sumisión que ni el tiempo ni la ausencia alterarán jamás.—Y el niño para quien una prohibición de su madre es sagrada, el niño que ha conservado el culto de su madre, será siempre bueno y virtuoso; podrá caer; pero volverá bien pronto á ponerse en pie; el recuerdo de su madre será para él como una cadena que le cierra el abismo y le impide caer al fondo.

2. *Yo no voy al teatro.*

El joven que puede decir: *Yo no he ido*